

---

# La creación del nacionalismo

---

PID\_00248456

Mariona Lloret Rodà

---

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 4 horas

---





# Índice

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>1. Del Estado moderno al Estado-nación.....</b>	<b>7</b>
<b>2. Análisis de los conceptos nación y nacionalismo.....</b>	<b>12</b>
<b>3. Casos de estudio. El nacionalismo como fenómeno global.....</b>	<b>18</b>
3.1. El caso de Haití .....	18
3.2. Japón .....	21
3.3. El Imperio otomano o el «hombre enfermo de Europa» .....	23
3.4. Consolidación del nacionalismo en Estados Unidos .....	27
3.5. Movimientos nacionalistas en el Imperio británico .....	29
3.6. La China imperial .....	31
3.7. El Imperio austrohúngaro .....	34
3.8. Sudamérica independiente .....	37
<b>4. Un mundo de naciones.....</b>	<b>41</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>43</b>



## Introducción

El término *nacionalismo* ha generado y genera disputas, puesto que se trata de un fenómeno controvertido que va ligado al surgimiento de los Estados-nación. La raíz del término, *nación*, es igualmente polémica y de difícil definición. En este primer módulo analizaremos el surgimiento histórico del nacionalismo, poniendo especial interés en los siglos XVIII y XIX, y en las diferentes perspectivas que hay en torno a la temática. Como explica el historiador C. A. Bayly, hay autores, sobre todo de finales del siglo XIX, como Garibaldi en Italia, que creían que el nacionalismo formaba parte de la esencia inseparable e intrínseca de un pueblo, el cual bebía de un pasado común que lo dirigía hacia la consolidación de la nación, mientras que hay historiadores y estudiosos, como Benedict Anderson, que argumentan que las naciones son «comunidades imaginadas» o creadas en un contexto histórico particular y con unos objetivos concretos.

En este módulo estudiaremos, en primer lugar, el proceso histórico en el que se pasó del Estado moderno al Estado-nación, y las características y diferencias entre las dos formas políticas con ejemplos sobre todo europeos. La segunda parte del texto se focaliza en una mirada más teórica sobre los conceptos, y, para acabar, desarrollaremos ejemplos concretos de países con el fin de analizar el establecimiento y la evolución de movimientos nacionalistas. Procuraremos tener una mirada extraeuropea para argumentar que el nacionalismo no es propio de Europa, sino que es y ha sido un fenómeno global.

Antes de entrar en materia, hay que matizar que la emergencia y el desarrollo del nacionalismo es un proceso que sucede en todo el mundo en tiempos diferentes y por distintos motivos, y que, por lo tanto, no responde a una evolución lineal predefinida o teleológica.

En la Europa a medio camino entre el siglo XVI y el XVII, la autoridad política estaba fragmentada y era heredera de los regionalismos propios de la Edad Media. Así pues, había una multiplicidad de jurisdicciones, muchas de las cuales se superponían unas a otras: el soberano, los señores feudales locales, la autoridad eclesiástica pertinente en cada territorio, el consistorio municipal, la jerarquía gremial... En América, además, se sumaba el hecho de que la etnia determinaba el código legal al que estaba sometido cada individuo.

A pesar de estas circunstancias propias de una organización política más localista que «nacional», los soberanos tenían pretensiones reales de hegemonía sobre Europa, basándose en una tradición antigua que podía remontarse a Carlomagno o, incluso, al Imperio romano, y que se apoyaba en el concepto de la autoridad religiosa universal del papa. Durante el Renacimiento, se redactaron diferentes tratados sobre las potestades de los gobernantes (por ejemplo

### Referencias bibliográficas

- C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (págs. 201-202). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.
- Benedict Anderson (2006). *Imagined Communities*. Nueva York / Londres: Verso.

y particularmente relevante es la obra de Maquiavelo) y, como consecuencia, muchos de los monarcas humanistas del periodo (siglo XVI) tenían intención de hacer efectivo su poder y extender su autoridad.

La reforma luterana se presentó como una afronta a la idea de la autoridad venida del papa de Roma. El emperador tuvo que enfrentarse a ello, con lo que se convirtió en la principal figura de la Contrarreforma. Empezó, así, un periodo de lucha religiosa en Europa que culminó con el fracaso del emperador, quien no pudo hacer efectiva su autoridad hegemónica y tuvo que asumir en su lugar el concepto de soberanía estatal. A partir de entonces, y después de la firma de la paz de Westfalia en 1648, los gobernantes de entidades territoriales relativamente homogéneas basaron su modelo político en Westfalia, lo que supondría Estados más efectivos y centralizados.

Pero ¿cómo podemos definir el término *estado*? Según el pensamiento político «occidental», la idea del Estado suele implicar la noción de un orden legal o constitucional que es impersonal, soberano y privilegiado y tiene la capacidad de administrar y controlar un territorio específico. Los miembros de este Estado, según nos dice David Held, cambiarían de estatus, dejan de ser súbditos del monarca todopoderoso o el emperador y devienen ciudadanos de su Estado. Lógicamente, este proceso fue lento: empezó en el siglo XVII y no culminó hasta el XIX.

#### Referencia bibliográfica

David Held (1989). *Political Theory and the Modern State* (pág. 11). Cambridge: Polity Press.

## 1. Del Estado moderno al Estado-nación

La cuestión de cuándo tuvo lugar la aparición de los primeros nacionalismos es difícil de estipular. La paz de Westfalia, firmada después de la guerra de los Treinta Años (oficialmente religiosa, pero en el fondo, política) estipuló que dentro de un territorio el soberano tomaba la decisión sobre la religión que dominaba; es decir, cada región tenía un poder autónomo que rompía con la autoridad imperial. Esta autoridad universal (europea, imperial y papal) quedaba cuestionada e hizo que se generara una nueva concepción de Europa como una compilación de entidades políticas separadas e independientes, configuradas a partir de un sustrato cultural, religioso y político. Esta era una idea absolutamente innovadora, la del continente fundamentado en diferentes entes políticos territorialmente delimitados, pero en supuesta igualdad de condiciones.

A partir de entonces, hubo un fortalecimiento del Estado moderno, que significó el debilitamiento de las aristocracias locales a favor de una autoridad central que, poco a poco, fue desarrollando unas competencias fiscales y militares más complejas, motivadas y profundizadas por la competencia con otras entidades políticas que surgían en el mismo momento. Tres de los países más relevantes en este sentido fueron Francia, España e Inglaterra. De este modo, se formaban unidades políticas relativamente grandes que absorbían regiones que durante la época medieval habían tenido plena autonomía.

Consecuentemente, las leyes se unificaban y se aplicaban en todo el territorio, y el poder lo reunía el soberano (en algunos casos, absolutista). A partir de aquel momento, las fronteras territoriales se identificarían con un sistema específico de gobierno y se centralizaban la administración y el ejército. Paralelamente, aumentaba la noción de comunidad diferenciada de otras entidades políticas, lo que derivaría décadas más tarde en lo que ahora entendemos por **identidad nacional** y en el desarrollo de la diplomacia como mecanismo de comunicación entre entidades políticas.

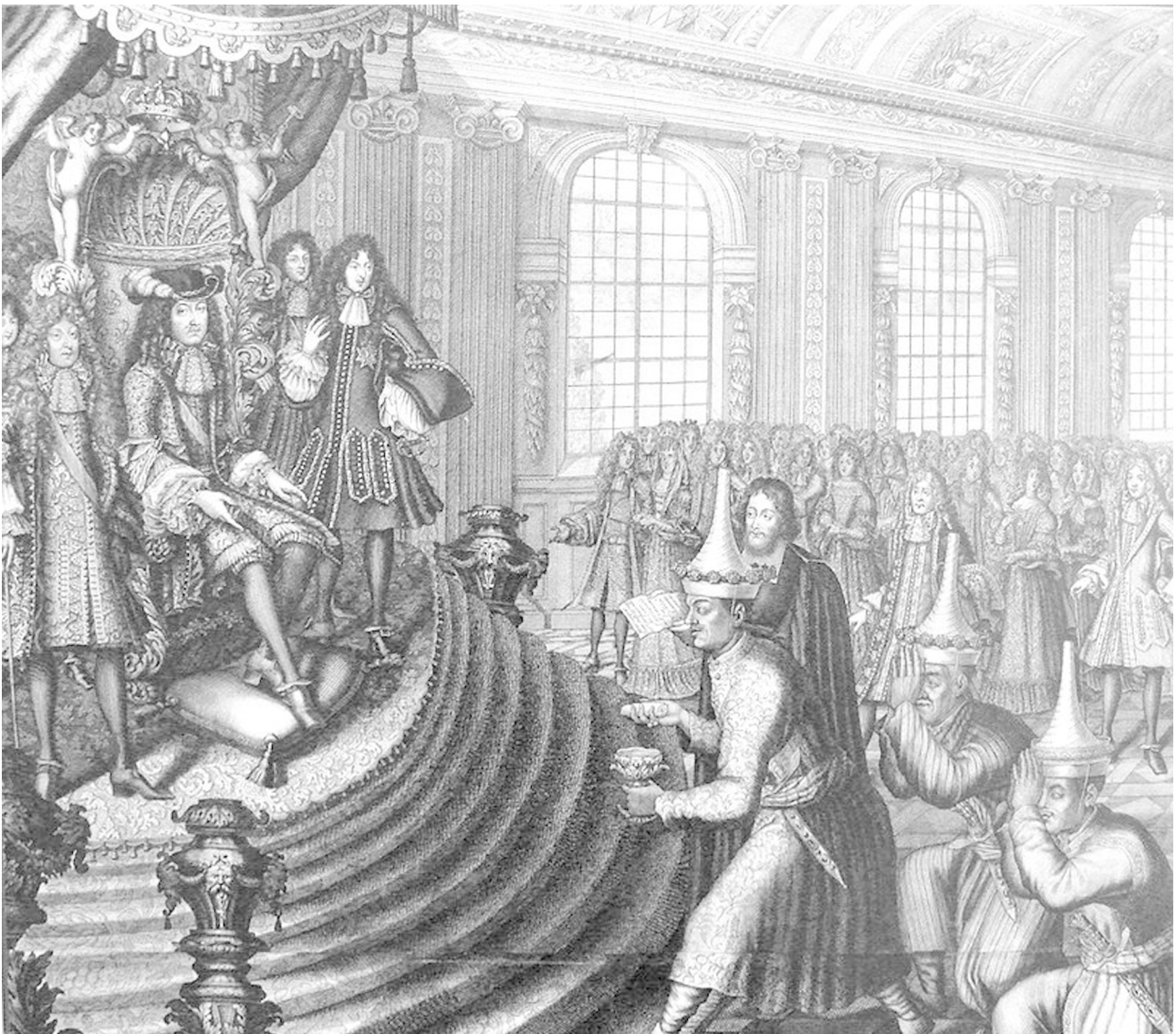
El Estado moderno, particularmente el absolutista, entonces, quedó reforzado después de Westfalia. La soberanía se estableció en la figura del soberano absoluto. La religión, no obstante, jugaba un rol fundamental, puesto que la autoridad política emanaba de Dios. El soberano reunía el poder, centralizado y estable, y el Estado absorbía una incipiente administración centralizada. A pesar de la relevancia de la religión, los nuevos Estados, más homogéneos y unidos con un poder central que aglutinaba los diferentes ámbitos de poder (administrativo, político, militar), se aproximaban a los futuros sistemas de poder seculares, que emergerían particularmente a finales del siglo XVIII y culminarían en el siglo XIX.

### Referencia bibliográfica

David Held; Anthony McGrew; David Goldblatt; Jonathan Perraton (2002). «El Estado territorial y la política global». En: *Transformaciones Globales. Política, Economía y Cultura* (págs. 6-7). Oxford University Press.

## Ejemplo de Estado moderno

Veamos el caso de Francia, que podría considerarse paradigmático del Estado absolutista del siglo XVII. Francia era un Estado centrado en la corte de Versalles desde 1682, y en la figura de Luis XIV como soberano absolutista por excelencia. Con la intención de eliminar las divisiones territoriales de su Estado, el monarca convenció a los diferentes antiguos señores feudales y a la nobleza de mudarse al Palacio de Versalles como estrategia para centralizar el poder y evitar conflictos regionales. Al mismo tiempo, Luis XIV aprovechaba para controlar a los más poderosos manteniéndolos cerca, haciéndolos parte de su numerosa corte en el palacio. El rey organizó la gestión de la corte alrededor de su figura, hasta el punto de que quería ser constantemente observado por sus súbditos en sus tareas cotidianas. Como controlaba a (y convivía con) la aristocracia, a lo largo de su reinado hubo pocos conflictos de guerra civil en Francia, pero las tensiones se acumularían a lo largo del siglo XVIII y culminarían en una reestructuración radical del sistema: la Revolución francesa.



Embajada siamesa enviada por el rey Narai a la corte de Luis XIV en 1686, liderada por Kosa Pan. Ilustración de Nicolas Larmessin. Se trata de una muestra de la importancia de la influencia del monarca francés en el mundo. Fuente: Wikipedia.

Con esta nueva reestructuración del continente centrada en Estados, la tan deseada unificación de Europa se alejaba cada vez más, y ninguna de las potencias europeas fue capaz de establecerse como líder del continente, de manera que cada Estado se autogobernaba.



## Ejemplo

A pesar de que España logró un poder superior al resto, incluso con intenciones de dominación mundial, particularmente a finales del siglo XVI, no supo establecerse como hegemónica debido a varios conflictos internos y externos. Así pues, como argumentan algunos historiadores, la competencia fue el motor principal del desarrollo económico y político de la época.

Paul Kennedy (1998). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Plaza & Janés.

## Nota

Hay que tener cuidado con ciertas concepciones que justifican el auge de Europa como potencia mundial durante los siglos posteriores a esta alta competitividad que iba de la mano de una supuesta libertad económica y de pensamiento, opuesta a otras realidades más opresivas como el Imperio otomano o el mogol en la India.

En cualquier caso, lo que sí que se puede afirmar es que, después de la paz de Westfalia, el Estado fue la forma de gobierno más fuerte y poderosa en Europa. El concepto de soberanía adquirió importancia e iba junto con el de Estado.

«Hacia finales del siglo XVII, Europa ya no era simplemente un mosaico de organizaciones políticas, sino una “sociedad de Estados” en evolución, en el cual los principios de soberanía y de territorialidad eran supremos».

David Held; Anthony McGrew; David Goldblatt; Jonathan Perraton (2002). «El Estado territorial y la política global». En: *Transformaciones Globales. Política, Economía y Cultura*. Oxford University Press.

Estas nuevas entidades políticas, que se denominarían **Estados modernos**, tendrían peso hasta finales del siglo XVIII, y este proceso fue clave para el desarrollo del pensamiento político occidental. La soberanía devino la manera de identificar un Estado.

En este sentido, se seguía la obra *El príncipe* (1513) de Maquiavelo, donde se explica cómo ganar y mantener el poder, bajo la premisa de que el fin justifica los medios. El autor alentaba a los gobernantes a engañar y mentir para retener el poder y este ambicioso hito se convirtió en una motivación política dominante en la época, de modo que se vio necesario acordar la «ley de naciones», según la cual se tenía que respetar la soberanía de los otros Estados.

Para contextualizar este proceso de fortalecimiento de las soberanías de manera global, hay que señalar que, mientras Europa se mantenía dividida en Estados que competían en diferentes aspectos de la vida económica y política del momento, los imperios asiáticos se consolidaban como grandes estructuras sólidas y unidas, como el Imperio otomano, el chino (de la dinastía Qing, a partir de 1644) o el mogol en la India. Esto no significa que se tratara de sociedades homogéneas, al contrario: eran vastos territorios multiétnicos con diversidad religiosa y social, que funcionaban de manera diferente a Europa obedeciendo a diferentes necesidades.

### Ejemplo

Se firmaron leyes comerciales y marítimas para evitar conflictos entre Estados europeos y mantener una cierta cooperación internacional.

Volviendo a Europa, los tratados de paz de Westfalia fueron tan relevantes que en ocasiones se ha hecho referencia al modelo de Westfalia para hablar de la configuración estatal mundial, vigente desde 1648 hasta 1945 (con el fin de la Segunda Guerra Mundial y la creación de la Organización de las Naciones Unidas, quedaría cuestionado). A pesar de que el modelo nació con una visión y aspiraciones claramente centradas en Europa, se puede decir que acabaría siendo global, puesto que a lo largo de los siglos siguientes iría apareciendo en formas diversas por todos los continentes, con algunas excepciones. El modelo de Westfalia estipulaba la igualdad entre los diferentes Estados, es decir, que no se reconocía una autoridad superior. Por lo tanto, en el caso de haber una disputa entre dos entidades, se podía recurrir a la fuerza. Al mismo tiempo, se garantizaba la soberanía de los Estados dentro de sus respectivos territorios, lo cual incluía la elaboración de leyes propias y la lucha por los intereses del Estado. Como consecuencia, después de 1648, la figura del diplomático se expandió por toda Europa, siendo clave en el funcionamiento político del continente.

A partir de la Revolución francesa, toda esta estructura pasaría por un proceso de reconfiguración. El Estado moderno cambiaría radicalmente con el surgimiento de los Estados-nación, que serían una nueva forma de gobierno fundamentada en un discurso identitario basado en rasgos culturales, étnicos, lingüísticos o históricos comunes dentro de un territorio concreto. Este nuevo Estado culminaría con las independencias americanas y las revoluciones liberales europeas de 1848. El establecimiento de los Estados-nación rompía con la idea de que los deberes, las obligaciones y los derechos políticos estuvieran ligados a la religión y las normas impuestas por los privilegiados (es decir, nobleza y monarquía). A partir de entonces, se establecía un orden político impersonal y soberano, y el Estado, que se alejaba de conceptos considerados arcaicos como el de «derecho divino», se comprometía a representar los intereses de los ciudadanos a cambio de su lealtad.

De este modo, el establecimiento del Estado-nación representó un cambio fundamental respecto a la soberanía. Mientras que, como hemos visto, en los Estados modernos, o absolutistas, residía en el soberano, en los Estados-nación la soberanía recaía sobre los ciudadanos. Del mismo modo, mientras que en el periodo anterior la autoridad venía otorgada por la religión, en esta fase la autoridad tenía que ser legitimada por la ciudadanía. Este era un rasgo radicalmente diferente, puesto que indicaba que los ciudadanos empezaban a adquirir cierto protagonismo en el entramado político, a pesar de que esta ciudadanía, o los derechos para ejercerla, no sería otorgada a todos los habitantes; solo un porcentaje limitado de la población podía ejercerla, del cual, entre otros, se excluía a las mujeres.

En el periodo aproximado de 1780 a 1820, la pobreza y los conflictos sociales hacían preguntarse a los habitantes de diferentes territorios qué legitimidad tenían sus gobernantes para gobernar. Por lo tanto, estamos ante un periodo de crisis y revolución que configuraba toda una nueva estructura política mundial, en la cual el concepto el pueblo (*the people*) tomaba protagonismo.

Como hemos visto, Francia es un ejemplo capital de esta transición del Estado absolutista al Estado-nación, pero vale la pena fijarnos en ejemplos extra-europeos para entender que estos cambios en representación y organización política también se vivían a escala mundial.

#### Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (págs. 100 y 107). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

## 2. Análisis de los conceptos nación y nacionalismo

Teniendo en cuenta los procesos históricos analizados, vale la pena dar un vistazo a la evolución de los términos empleados. Es relevante remarcar que el concepto nación no siempre ha tenido el significado que se le atribuye en la actualidad. A lo largo de los siglos XVII y XVIII, previamente a la relación entre Estado y nación propia del siglo XIX, el término *nación* hacía referencia a la pertenencia a una provincia o reino, pero separada de sentimientos patrióticos. Siguiendo a Eric Hobsbawm, se puede concluir que el término tal como se entiende hoy en día es bastante nuevo.

Después de la Revolución francesa, el concepto cambió. La nación se empezó a concebir como «única e indivisible», configurada por ciudadanos cuya soberanía colectiva constituía un Estado. Esta era su expresión política conjunta circunscrita a un territorio determinado.

Así, a partir del siglo XIX, los nacionalismos emergieron como elementos unificadores de colectivos de individuos:

«Los Estados son instituciones, las naciones son colectividades de clase que comparten un sentido de identidad y de destino político colectivo sobre la base de aspectos comunes culturales, lingüísticos e históricos reales, imaginarios y construidos. El nacionalismo describe tanto las lealtades emotivas de los individuos con esa identidad y esa comunidad, como el proyecto político de formar un Estado en el que la nación es dominante».

David Held; Anthony McGrew; David Goldblatt; Jonathan Perraton (2002). «El Estado territorial y la política global». En: *Transformaciones Globales. Política, Economía y Cultura* (pág. 22). Oxford University Press.

Para el historiador cultural Benedict Anderson, el nacionalismo es un artefacto cultural que, a día de hoy y desde su creación a finales del siglo XVIII, está conducido por una legitimidad emocional. En otras palabras, es una comunidad política imaginada, puesto que sus miembros no se conocen entre ellos, pero tienen sensación de colectivo. Es importante fijarnos en el uso de los términos, que Anderson emplea cuidadosamente. Al referirse al establecimiento de comunidades nacionales el autor habla de *creación*, lo que implica que los nacionalismos son algo inventado, creado durante un contexto histórico determinado y por unos usos específicos, pero que ha tenido y tiene aplicaciones en distintos tipos de ambientes y espacios adaptándose a ellos.

El contexto histórico tiene mucha importancia en la emergencia de lo que podríamos definir como nacionalismos modernos o decimonónicos y, por lo tanto, de la propagación de la idea del Estado-nación. Como hemos visto, el salto del Estado moderno o absolutista al Estado-nación estuvo determinado, entre otros factores, por el papel de la religión. Es decir, mientras que el soberano absolutista se regía por el derecho divino, el gobernante del Estado-nación tenía que mirar por el ciudadano. Tiene lógica, entonces, que fuera en

### Referencia bibliográfica

Eric Hobsbawm (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780* (pág. 14). Barcelona: Crítica.

### Referencia bibliográfica

Eric Hobsbawm (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780* (págs. 18-19). Barcelona: Crítica.

### Referencia bibliográfica

Benedict Anderson (2006). *Imagined Communities* (págs. 4-6). Nueva York / Londres: Verso.

este momento de transición cuando el pensamiento religioso fue sustituido, en la esfera política, por el pensamiento propio de la Ilustración, secular, laico y, en última instancia, nacional.

De este modo, a principios del siglo XIX y para crear una cierta continuidad con el pensamiento religioso anterior (a pesar de que de ninguna forma caduco), se expandieron concepciones sobre la nación como una entidad de larga duración histórica, arraigada en un pasado lejano. A nivel social, la emergencia de formas textuales como las novelas y los diarios, que mostraban a diferentes individuos realizando tareas variadas en lugares diversos al mismo tiempo, ayudó a multiplicar o hacer más común la noción de simultaneidad entre individuos que no se conocían, lo que daba facilidad a la creación de comunidades imaginadas. Como explica Anderson:

«The idea of a sociological organism moving calendrically through homogenous, empty time is a precise analogue of the idea of the nation, which also is conceived as a solid community moving steadily down (or up) history».

Benedict Anderson (2006). *Imagined Communities* (pág. 26). Nueva York / Londres: Verso.

La sociedad se estaba preparando mentalmente para poder concebir la idea de unidad entre individuos desconocidos, es decir, la comunidad imaginada.

Pero esta tenía raíces más lejanas que el momento de la emergencia de novelas y diarios. Si observamos un factor muy relevante como es la lengua, veremos que, de alguna manera, el terreno para la diversificación política de Europa se iba estableciendo. Durante la Edad Media, la lengua escrita por excelencia y utilizada en gran parte del continente era el latín. Después de que Martín Lutero colgara los puntos que configurarían la reforma protestante en la puerta de la iglesia de Todos los Santos de Wittenberg y que tradujera la Biblia del latín a su lengua vernacular, el uso de otras lenguas se hizo más común. En el siglo XVIII, la relación entre un idioma particular y un Estado estaba bastante consolidada en el ámbito administrativo, pero el factor político, es decir, la relación entre lengua y movimiento nacionalista, no llegaría hasta el siglo siguiente. Lo mismo sucedería con la impresión de escritos en lenguas vernaculares, que sería común en el proceso de establecimiento del Estado moderno. Este hecho fue capital décadas después, por ejemplo, en la expansión de los movimientos de independencia colonial en América y en el surgimiento de nuevas repúblicas nacionales.

Otro factor que facilitaría de manera exponencial la emergencia de ideas nacionalistas y que se añadiría a la impresión en lenguas estatales como posibilitador de la unificación de los Estados-nación sería el transporte. La llegada del

barco de vapor y del ferrocarril hizo que hubiera más conciencia del territorio y más proximidad, lo cual permitía la imaginación de una comunidad dentro de un espacio político determinado.

Se inició un periodo complejo de transición de los Estados modernos a los Estados-nación. A los primeros no se les puede atribuir una nacionalidad específica, más bien al contrario, puesto que se trataba de familias dinásticas que gobernaban sobre territorios multiculturales.

### Ejemplo

Vamos atrás. La guerra de los Cien Años (1337-1453) fue más un conflicto entre las dinastías Plantagenet, que eran reyes de Inglaterra, y Valois, reyes de Francia, por el control del trono francés, que no una guerra entre los dos países.

Las dinastías que reinaban controlaban a poblaciones muy heterogéneas:

- Los Romanov ejercían su autoridad sobre tártaros, armenios, finlandeses, rusos y letones.
- La dinastía Qing en la China gobernaba sobre chinos han, mongoles, tibetanos y uigures, entre muchos otros grupos culturales.

Incluso cuando se trataba de entidades políticas relativamente más homogéneas, el hecho de que una misma dinastía gobernara dos entidades políticas dificultaba que se pudieran categorizar con una identidad común. En el siglo XVIII, los Borbones reinaban en España y en Francia, lo que hace imposible que se les pueda asignar una nacionalidad como las entendemos hoy en día.

A medida que el siglo XIX avanzaba, estas dinastías tuvieron que redirigir su discurso para adaptarse a los nuevos tiempos y mantenerse en el poder. Así pues, y como respuesta a movimientos nacionalistas populares que emergían en Europa particularmente a partir de la década de 1820, poco a poco se estableció un nacionalismo oficial, que unía dinastía imperial con nación y surgía como consecuencia del temor de las élites aristocráticas y otros grupos de poder a ser marginados por las comunidades imaginadas populares que tomaban fuerza. Por eso hablamos de *nacionalismo oficial*, porque se imponía o se establecía desde arriba, desde el Estado, y servía a sus intereses.

«The currents of turbulence and ideological dissidence which flowed more strongly after 1789 forced ruling groups to reconstitute the ideological foundations of the state and partially to modernize it».

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (pág. 106). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

### Referencia bibliográfica

**Benedict Anderson** (2006). *Imagined Communities* (págs. 83-84). Nueva York / Londres: Verso.

### Referencia bibliográfica

**Seton-Watson** (1977). *Nations and States: An Enquiry Into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism* (pág. 148). Londres: Methuen.

**Benedict Anderson** (2006). *Imagined Communities* (págs. 86 y 159). Nueva York / Londres: Verso.

El nacionalismo oficial se puede ver, por ejemplo, en el proceso de rusificación que el zar llevó a cabo en sus territorios, especialmente a partir de 1880, como respuesta a la aparición de nacionalismos a lo largo de todo el Imperio, como el ucraniano o el letón, y que, por lo tanto, no estaría libre de respuestas violentas. Un proceso comparable se produciría en el Imperio británico, con ansias de anglificación de sus territorios. Según Anderson, este intento unificador no solo estaría ligado a racismo, sino que, a largo plazo, despertaría y sentaría las bases de movimientos anticoloniales en territorios de Asia y África, que lograrían sus independencias bien entrado el siglo XX.

Como ya hemos comentado, estas nuevas comunidades imaginadas se fundamentaban en la idea de ser antiguas, de tener un pasado histórico valioso basado en grandes líderes y acontecimientos memorables. Hay que tener en cuenta que en el siglo XIX, la historia como disciplina se centraba precisamente en narraciones sobre grandes hombres del pasado y sus hitos (batallas, conquistas, etc.), más que en el estudio de las sociedades. Fue a lo largo de este siglo y como consecuencia de la emergencia del nacionalismo y el uso de la historia para finalidades nacionalistas, cuando se empezó a hacer referencia a los muertos por la nación e, incluso, a hablar en nombre de ellos y a valorar su sacrificio. Coherentemente con esta idea, era importante recordar el pasado y configurar una historia nacional común que se enseñaría en las escuelas.

A partir de entonces (y hasta el presente), el Estado decidiría qué historia recordar y de qué manera. Se creó, por lo tanto, una narrativa del pasado que iría tomando formas diferentes a lo largo de las décadas. Como no se puede establecer una fecha de nacimiento de la nación, se creó un origen basado, comúnmente, en un individuo que personificaría su fundación.

### Ejemplo

En referencia a la emergencia de nacionalismos en el Imperio austrohúngaro:

«The development of the nationalist master narrative also affected the construction of collective memory, especially the building of historical traditions».

Johannes Feichtinger; Gary B. Cohen (eds.) (2014). «Introduction». En: *Understanding Multiculturalism: The Habsburg Central European Experience* (pág. 7). Oxford / Nueva York: Berghahn.

Otro aspecto esencial en la configuración del nacionalismo es la **negación de la alteridad**. Es decir, para fortalecer y justificar la propia nación se negaba formar parte de otra. Por ejemplo, los nacionalistas irlandeses defendían que parte de su esencia se basaba en el hecho de no ser ingleses. Veremos más casos de este tipo al estudiar diferentes nacionalismos surgidos dentro de imperios.

### Referencia bibliográfica

Benedict Anderson (2006). *Imagined Communities* (págs. 86 y 93). Nueva York / Londres: Verso.

### Referencia bibliográfica

Benedict Anderson (2006). *Imagined Communities* (págs. 109 y 198). Nueva York / Londres: Verso.

Es relevante remarcar la diversidad de tipos de nacionalismos que emergieron a lo largo del siglo XIX y cómo se introdujo en ciertos discursos un factor racial que pretendía diferenciar los propiamente nacionales de los foráneos. A lo largo del siglo XIX, una serie de teorías seudocientíficas tuvieron eco por toda Europa y más allá, y pusieron de moda, por ejemplo, la frenología.

#### Frenología

La frenología determinaba el tipo de personalidad de un individuo según el tamaño de su cráneo y, por lo tanto, se entendía, del cerebro y las capacidades intelectuales.

Como se puede imaginar, la frenología se utilizó en muchos casos para justificar la supuesta superioridad de la raza caucásica respecto de otros grupos no blancos y, consecuentemente, justificar el imperialismo. Es interesante matizar, no obstante, que los partidarios de la frenología no estaban en contra de los movimientos antiesclavistas, de modo que esta teoría seudocientífica tuvo poco éxito en lugares esclavistas como el sur de Estados Unidos.

Para unir esta temática racial con el tema que nos ocupa, el nacionalismo, pondremos en contraste dos nacionalismos muy diferentes pero que incluían en su ideario referencias étnicas: el vasco y el mexicano.

- **El nacionalismo vasco.** En sus orígenes decimonónicos, se basaba en la idea de la unicidad del individuo vasco, es decir, la pureza de la raza vasca radicaba en el hecho de no haberse mezclado con otras razas, principalmente con la española. Sabino Arana, el máximo ideólogo del nacionalismo vasco, se posicionaba en contra de la migración española a tierras vascas porque, argumentaba, temía que la mezcla entre vascos y los que denominaba *maketos* pudiera acabar con la pureza de la raza vasca.
- **El nacionalismo mexicano.** Durante el proceso de independencia de la Corona española a principios del siglo XIX, fue tomando forma un nacionalismo que celebraba la mezcla étnica del país. Así pues, la *mexicanidad* se fundamentaba en el mestizaje, la mezcla de lo indígena y europeo, que configuraba un nuevo pueblo. Esta visión era totalmente innovadora en comparación con los movimientos europeos, más centrados en la premisa de una etnia, un Estado-nación. Algo más de un siglo después de que México lograra la independencia en 1821, el político y filósofo mexicano José de Vasconcelos desarrolló en un ensayo el concepto de raza cósmica (1925), que llevaba al extremo aquella noción de mezcla. La raza cósmica sería la que emergería en Latinoamérica del mestizaje entre ascendientes indígenas americanos, africanos, europeos y asiáticos, de manera que crearía una raza universal.

Durante el proceso de las independencias latinoamericanas, parte de sus promotores, muchos de los cuales eran criollos, quisieron rehuir del legado o del vínculo español y crearon un discurso nacional que se basaba en las herencias indígenas previas a la llegada de los colonizadores europeos. Este era el rasgo diferenciador respecto a otros movimientos.



El escritor mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora, ya en el siglo XVIII, usaba directamente el término *nuestra nación criolla*, haciendo clara referencia al mestizaje y al pasado indígena, y poniendo las bases para la futura configuración nacional del país. «La comunidad criolla tenía en el antiguo pasado azteca su propia antigüedad clásica», comparable en cierto modo a la de Roma y Grecia.

### **Referencia bibliográfica**

**Anthony Pagden** (1991). «De salvajes nobles a nobles salvajes: La utilización criolla del pasado amerindio». En: *El imperialismo español y la imaginación política. Estudios sobre teoría social y política europea e hispanoamericana (1513-1830)* (págs. 146-147). Barcelona: Planeta.

### 3. Casos de estudio. El nacionalismo como fenómeno global

A continuación, veremos ejemplos de surgimiento de nacionalismos y establecimiento de Estados-nación en todo el mundo para comprobar que este fenómeno histórico es y fue realmente global. En concreto, estudiaremos Haití, Japón, el Imperio otomano (centrándonos, sobre todo, en el caso griego), Estados Unidos ya independiente, regiones del Imperio británico (sobre todo India), China, países sudamericanos (Chile, Perú, Bolivia, Uruguay, Paraguay y Argentina) y el Imperio austrohúngaro como caso europeo paradigmático. En todos estos espacios, a lo largo del siglo XIX se desarrollaron nacionalismos relevantes. Hay que señalar que la elección de estos territorios en concreto es variada y tiene que servir como muestra de diferentes procesos comparables y relativamente simultáneos a escala mundial. De este modo, el orden de cada estudio de caso no es ni cronológico ni geográfico, sino que se organizan de manera calidoscópica para dar una visión más completa y desde diferentes puntos de vista.

#### 3.1. El caso de Haití

Las primeras formas de nacionalismo a finales del siglo XVIII no surgieron en Europa, sino en las colonias americanas. Este hecho no es accidental, puesto que los criollos las potenciaban con el objetivo de cambiar el *statu quo* respecto de la metrópoli y reconstruir entidades con más poder autónomo. La idea era establecerse como comunidades paralelas y comparables a las europeas. Este sentimiento llevó a la revolucionaria Declaración de Independencia de lo que serían los Estados Unidos de América en 1776, que estableció un precedente para los futuros movimientos secesionistas, como el de Haití, donde se desarrollaría un movimiento incluso más revolucionario que el estadounidense.

El ejemplo de Haití sirve, por un lado, para rehuir del eurocentrismo que a menudo acompaña a los estudios históricos y, por otro, para dar presencia a colectivos a veces abandonados y demostrar cómo un movimiento secesionista y nacionalista de tal importancia surgió de la mano de esclavos afroamericanos. El surgimiento del nacionalismo haitiano, por lo tanto, estuvo vinculado no solo a la reivindicación de independencia de la colonia, sino al movimiento abolicionista.

Haití, conocido en aquel momento como Saint Domingue, era una de las colonias más provechosas de Francia gracias a su producción de azúcar y café, así como también de índigo (colorante) y algodón. La esclavitud era la institución que hacía posible el desarrollo económico del país, hasta el punto de que la mayoría de la población eran esclavos afroamericanos. La sociedad haitiana también estaba compuesta por población blanca rica (franceses asentados en

#### Referencia bibliográfica

Benedict Anderson (2006). *Imagined Communities* (págs. 191-192). Nueva York / Londres: Verso.

Haití), por blancos pobres (denominados *les petits-blancs*), que se dedicaban a la enseñanza o eran artesanos o tenderos, y por negros liberados. Esta compleja composición social daría paso a diferentes tipos de descontento por parte de cada sector.

Los blancos adinerados querían disponer de más autonomía respecto de la metrópoli para, entre otras cosas, poder comerciar con otros territorios además de Francia. Además, no tenían representación política en el Gobierno francés, por lo que quedaban al margen de decisiones que los involucraban. Los *petits-blancs* se quejaban de su pobreza y querían más poder en la isla. En cuanto a la población afroamericana, los negros liberados querían más reconocimiento legal y, finalmente, los esclavos, que eran alrededor de 500.000, reclamaban la abolición de la esclavitud.

Estos elementos sentaron la base para una futura revolución, que tendría lugar desde 1791 hasta 1804. Las tensiones sociales desembocarían en un conflicto que sería, por un lado, en contra del Gobierno francés y con la ayuda de España y Gran Bretaña, y, por otro, interno, de forma que opondría a los cuatro sectores mencionados y daría lugar a lo que se podría denominar una guerra civil. El nacionalismo sería la clave y la esperanza para los sectores más desafortunados, básicamente los esclavos.

Había un componente de revuelta contra el imperialismo. La situación en cuanto a la ciudadanía y a los derechos de las personas viviendo en colonias francesas no era clara. La falta de representación política en la metrópoli colocaba a los habitantes de Haití (y otros territorios) en una situación de inferioridad, a la cual se tenía que sumar el factor racial.

Liderados por el exesclavo Toussaint Louverture e inspirados en la Revolución francesa, en agosto de 1791 los esclavos se levantaron en contra de los dueños de plantaciones hasta el punto de que al año siguiente dominarían una tercera parte de la isla. Poco después, Louverture y sus tropas conquistaron la parte este de la isla, Santo Domingo (la actual República Dominicana), que estaba bajo control del Imperio español, unificando los dos territorios que configuran la isla de la Hispaniola y liberándolos de la esclavitud. Poco después, sin embargo, Napoleón hizo capturar a Louverture, que fue trasladado a Francia, donde murió en la prisión en 1803.

#### Referencia bibliográfica

Jane Burbank; Frederick Cooper (2010). *Empires in World History: Power and the Politics of Difference* (págs. 223-225). Princeton / Oxford: Princeton University Press.



El general Toussaint Louverture representado en una pintura del siglo XIX. Artista desconocido. Fuente: Wikipedia.

El sucesor de Louverture, el general Jean-Jacques Dessalines, lideró las tropas que pusieron fin a la ocupación francesa y denominó el territorio Haití (término proveniente del arahuaco), la primera república de negros del mundo. En el año 1806 se consolidaría oficialmente como Estado de Haití, terminología con la cual claramente se establecía como entidad política independiente.

«Nació así un nuevo Estado con una característica totalmente original en el contexto latinoamericano: la totalidad de su población descendía de esclavos negros provenientes del África subsahariana».

Joan Gimeno (2010). «El vudú haitiano: una cuestión de Estado (1804-1987)». *El Rapto de Europa: crítica de la cultura* (núm. 16, pág. 23).

Las consecuencias de la revolución haitiana serían capitales para los procesos analizados en este módulo. A nivel humano, el conflicto representó la muerte de, aproximadamente, 100.000 esclavos negros y 24.000 residentes blancos.

#### Haití

Cabe señalar que a lo largo del siglo XIX pasaría por diferentes nombres, que no explicaremos, incluyendo Reino de Haití e Imperio de Haití.

La pérdida de la colonia de Saint Domingue hizo que Francia se debilitara de manera considerable y que se parara el proyecto napoleónico de expansión mundial del Imperio.

Además, la emergencia del nacionalismo haitiano en aquel contexto histórico tan particular indica que se estaba iniciando un momento de cambios en la organización territorial de los imperios que sería el inicio de su fin. A la vez, nacían Estados-nación que serían propios del siglo XIX. Solo dos años antes de los sucesos haitianos se había iniciado la Revolución francesa, y quince años antes, la independencia de Estados Unidos. Estamos, por lo tanto, ante un periodo de simultaneidades que no son accidentales.

### 3.2. Japón

En Japón podemos observar un proceso más tardío de construcción nacional. Aun así, hay precedentes históricos que sirvieron de base para el futuro nacionalismo japonés. La centralización de la autoridad en Japón, que tuvo como consecuencia la monopolización de la violencia o la autoridad militar en manos del Estado, empezó a forjarse después de un periodo de anarquía conocido como *sengoku* (ca. 1467-1603). Durante este tiempo, Japón se encontraba fragmentado en una multitud de pequeños territorios controlados por poderosos señores feudales conocidos como los daimíos, que basaban su autoridad en una casta guerrera conocida, los samuráis, y luchaban entre sí para intentar convertirse en el *shogun*, una figura equivalente a la de primer ministro (el emperador era desde hacía siglos una figura con escaso poder político que cumplía más bien una función ritual).

Este periodo coincide con la llegada de los primeros europeos a la isla. Al principio llegaron los misioneros portugueses, después llegaron misioneros castellanos y holandeses. A cambio de que se les permitiera evangelizar, los europeos comerciaban con armas de fuego que diferentes señores feudales japoneses utilizarían para ampliar su poder. No obstante, muchos daimíos veían con recelo la propagación del cristianismo. En el último tercio del siglo XVI, después de muchos años de conflicto sin una resolución clara, Oda Nobunaga, uno de los daimíos, empezó a ganar una serie de batallas y aumentar su territorio, de modo que se convirtió en la autoridad más importante del país. Después de su muerte, uno de sus seguidores, Toyotomi Hideyoshi, continuó su legado, que retomaría su sucesor Tokugawa Ieyasu. Este último consolidó los éxitos militares hasta absorber los diferentes daimíos bajo una única autoridad. Tokugawa dio inicio a un régimen (1600-1868) bajo el mismo nombre que sentaría las bases para la construcción del Estado nacional japonés.

Una vez unificado el territorio, el Gobierno japonés emprendió una aventura extranjera con la intención de conquistar primero Corea y después China para construir un gran imperio asiático (1592-1598). Después de una cruenta resistencia por parte de los coreanos, que fueron ayudados por los chinos, el ambicioso proyecto fracasó al poco de la muerte de Tokugawa. Este desastre

#### Los samuráis

Para un análisis de estos guerreros, podéis ver Jonathan López-Vera (2016). *Historia de los samuráis*. Barcelona: Satori.

reforzó entre la élite japonesa la idea de la necesidad de un Estado circunscrito exclusivamente al archipiélago japonés. Otro factor que condujo hacia la formación de una unidad territorial homogénea fue la decisión de Tokugawa de proscribir el cristianismo, expulsar a la mayoría de los extranjeros del territorio y cerrar el país al comercio exterior. Solo se permitió la presencia de comerciantes holandeses en una isla artificial en el puerto de Nagasaki.

Durante los siglos XVIII y XIX, la autoridad de Tokugawa tenía límites. Para mantener a los daimíos bajo control y evitar que se levantaran en armas, el Gobierno tenía que darles un estipendio. Este mismo fenómeno provocaba que la recaudación de impuestos fuera limitada. Así pues, se puede afirmar que el Estado Tokugawa, a pesar de que estabilizó y unificó el país durante un largo periodo, no era un Estado-nación como lo entendemos hoy en día. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, durante la llamada restauración Meiji (1868-1912) y sobre la base establecida por los Tokugawa, los japoneses empezaban un proceso de construcción nacional plena.

A partir de la década de 1830, la presencia europea en China se fortaleció cuando los británicos ganaron a los chinos en las guerras del opio, después de las cuales se obligó al Imperio chino a hacer una serie de concesiones comerciales a los europeos. En 1853, Japón sufrió un proceso similar, cuando el comodoro norteamericano Matthew Perry, siguiendo la orden expresa del presidente de Estados Unidos, entró al frente de una escuadra naval en la bahía de Tokio y forzó la apertura de Japón al comercio internacional. Esta humillación, junto con otras presiones que se acumulaban, condujeron al estallido de una revolución en contra de los Tokugawa, que serían depuestos en 1868. Los rebeldes restablecieron, teóricamente, la autoridad del emperador Meiji.

Durante el periodo Meiji, los esfuerzos se focalizaron en la centralización política del país bajo el Imperio y el desarrollo de la industrialización, siguiendo el modelo europeo. Japón abrió los puertos al comercio exterior con el objetivo de convertirse en una potencia económica que pudiera competir con Europa y no caer bajo dominio colonial. Además, las tierras que previamente estaban bajo control de los *shogun* pasaron a manos del Imperio en un claro proceso centralizador que quedaría consolidado mediante un discurso unificador nacionalista.

En esta nueva era, Japón pasó por un proceso de industrialización, cuyo objetivo principal era establecer una economía fuerte, capaz de competir con las potencias europeas. Los cambios tecnológicos irían de la mano del establecimiento del ferrocarril y el telégrafo como herramientas principales de comunicación en el país.

Japón fue el primero de los países asiáticos en industrializarse.

En cuanto a la política, en 1889 Japón estableció una constitución basada en el modelo prusiano, que establecía que el emperador sería el jefe del Estado y el primer ministro, el jefe de Gobierno. También modernizaron el ejército, e incluso se enviaron soldados a escuelas militares europeas y estadounidenses. El nacionalismo japonés funcionó, por lo tanto, como mecanismo en contra del dominio extranjero y se reflejó en los casos europeos.



Proclamación de la constitución japonesa Meiji en 1889, obra del artista de la época Toyohara Chikanobu. Se pueden observar las vestimentas europeizadas de los individuos representados, que eran un símbolo de modernidad en Japón y de clara ruptura de las estructuras políticas, económicas y sociales anteriores. Fuente: Wikipedia.

### 3.3. El Imperio otomano o el «hombre enfermo de Europa»

El Imperio otomano era, como China o Rusia, una entidad política extraordinariamente grande y diversa, habitada, entre otros, por rumanos, búlgaros, serbios, griegos, albaneses, turcos, sirios, árabes y kurdos, y fruto de las victorias militares entre los siglos XV y XVI. No obstante, a partir del fracaso del asedio de Viena de 1683, el Imperio dejó de expandirse y empezó un lento proceso de debilitamiento. El zar Nicolás de Rusia se refirió a mediados del siglo XIX al Imperio otomano como el «hombre enfermo de Europa», debido a las múltiples pérdidas territoriales y de poder que sufrió a lo largo del siglo.

Un territorio donde se podía ver claramente la desmembración del Imperio estaba en los Balcanes. A principios del siglo XIX, varios grupos de cristianos de esta región empezaron a organizarse para resistir frente al poder de los otomanos con el fin de lograr la plena autonomía política, de convertirse en Estados independientes. De este modo, los griegos, que serían los pioneros en este proceso y que se identificaban con una cultura cristiana y una lengua común, iniciaron una ensañada lucha por la independencia que iría de 1821 a 1832. El éxito de la secesión de Grecia inspiraría a otros movimientos similares en lugares como Rumanía, Bulgaria o Serbia en los años posteriores.



La salida de Mesolongi, Theodoros Vryzakis. El asedio de Mesolongi fue uno de los episodios clave de la guerra de independencia de Grecia. Fuente: Wikipedia.

La rebelión griega recibió el apoyo de miembros de las potencias europeas, que se declaraban filohelenistas y defendían una lucha que creían que era por la libertad en contra de la tiranía o en favor del cristianismo y en oposición al islam.

Esta visión correspondía al hecho de que el Imperio otomano se asumía como algo extranjero o ajeno, erróneamente, si se tiene en cuenta que gran parte de los territorios que controlaba eran europeos y que los otomanos estuvieron a punto de conquistar Viena en dos ocasiones. El Imperio otomano era percibido como la alteridad amenazante de Europa, mientras que Grecia era la base del pasado clásico occidental y, por lo tanto, como auténticamente europea merecía el apoyo de los principales países del continente.

En el caso serbio, el Estado-nación se construiría sobre el recuerdo del reino medieval de Serbia, destruido en la batalla de Kosovo en 1389. En cuanto a Bulgaria, se configuraría como entidad política independiente de los otomanos en 1878 como consecuencia de la guerra entre turcos y rusos en el año previo. A nivel social, el pueblo búlgaro hacía décadas que estaba experimen-

#### Referencia bibliográfica

Francisco Veiga (2006). *El turco: diez siglos a las puertas de Europa* (pág. 319). Barcelona: Debate.



tando un resurgimiento de su conciencia nacional, inspirada en gran parte por la publicación del libro *Istoriya Slavyanobolgarskaya* (1762), que aclamaba el supuesto pasado triunfal búlgaro previo a la invasión otomana.

A principios del siglo XX, todos estos nuevos Estados-nación segregados del Imperio otomano empezarían a luchar entre ellos con el objetivo de aumentar sus respectivos territorios, a la vez que intentaban establecer entidades políticas homogéneas, algo prácticamente irrealizable dada la mezcla social y étnica que había en la zona. El historiador Francisco Veiga explica cómo estos pequeños y agresivos nuevos Estados-nación habían sido hechos a imitación de las grandes potencias europeas, con un nacionalismo violento y aspiraciones de poder...

«pero, a diferencia de sus modelos, los nuevos pequeños estados estaban comprimidos unos contra los otros en una montañosa península: un avispero en perpetua rivalidad».

Francisco Veiga (2006). *El turco: diez siglos a las puertas de Europa* (pág. 363). Barcelona: Debate.

Este proceso de inestabilidad política se conoce como balcanización y tendría su mayor expresión durante las guerras balcánicas (1912-1913), inmediatamente previas a la Primera Guerra Mundial. La resistencia nacionalista en los Balcanes y las pretensiones de expansión del Imperio austrohúngaro fueron una de las causas principales del estallido de la llamada Gran Guerra.

En paralelo, la autoridad de los otomanos en otras partes del Imperio también había quedado cuestionada desde mediados del siglo XIX. En Egipto, la más rica de las provincias, el gobernador de origen albanés Mehmet Alí empezó a desprenderse de la autoridad de Estambul, particularmente a partir de la década de 1830. Reorganizó el ejército y la marina, envió a los mejores estudiantes a estudiar en el extranjero, fomentó el nacionalismo egipcio y, con la ayuda de capital europeo, llevó a cabo grandes obras de infraestructura, la más importante de las cuales fue el famoso canal de Suez, inaugurado en 1869. De este modo, Egipto se escindió del Imperio otomano y pudo mantener cierta independencia hasta que una serie de problemas económicos forzaron a los egipcios a convertirse en protectorado británico a partir de la década de 1880. En el siglo XX, el moderno Estado-nación egipcio se construyó, sobre todo a nivel discursivo, a partir de las bases establecidas por Mehmet Alí.

En gran medida, gracias a la intervención británica, durante la Primera Guerra Mundial, los diferentes clanes o pueblos árabes se organizaron y emprendieron una lucha abierta contra los otomanos, que culminaría con el nacimiento del nacionalismo árabe o **panarabismo** y la construcción de modernos Estados-nación en Irak y, más tarde, en Siria y en Jordania. Es importante remarcar que no todos los movimientos de tipo nacionalista surgidos de la desintegración del Imperio otomano produjeron Estados-nación. El caso de los kurdos sería un claro ejemplo de ello.

#### Referencia bibliográfica

Francisco Veiga (2006). *El turco: diez siglos a las puertas de Europa* (pág. 324). Barcelona: Debate.

Como consecuencia de todos estos procesos y derrotas, a principios del siglo XX los turcos empezaron un proceso de construcción nacional propio. No obstante, cabe señalar que desde aproximadamente 1830 el Imperio otomano había iniciado una serie de medidas modernizadoras que incluían la centralización del poder y la consolidación de ciudadanos en vez de súbditos. Estas medidas tenían como objetivo apaciguar los movimientos nacionalistas internos y se denominarían, a partir de 1839, *Tanzimat*, que quería decir 'reorganización del sistema político otomano'. No solo esto, sino que se empezaba un proceso de europeización incluso de la moda con el objetivo de homogeneizar a los ciudadanos otomanos al margen de la nacionalidad. Los funcionarios tendrían que vestirse a la europea y llevar fez en vez de turbante.

A pesar de los intentos del Gobierno otomano de homogeneizar y modernizar el territorio, los movimientos nacionalistas ya habían tomado suficiente fuerza y el ejemplo exitoso de Grecia serviría para inspirarlos.

En las postrimerías del siglo XIX, y como consecuencia del descontento general hacia el Gobierno, surgieron en territorio otomano nuevas organizaciones políticas que cambiarían el rumbo del Imperio: por un lado, los Jóvenes Otomanos, que pretendían retomar la grandeza perdida del Imperio pero con medidas occidentales y se oponían al sultán del momento, Abdul Hamid II, que consideraban despótico. No mucho más tarde, surgieron los Jóvenes Turcos (conocidos como CUP, Comité de Unión y Progreso), herederos de los anteriores pero con un discurso claramente nacionalista que pretendía acabar con el sultanato y establecer un gobierno constitucional. En 1908 los Jóvenes Turcos lideraron una revolución que puso fin al Gobierno autoritario de Abdul Hamid II y restableció la Constitución de 1876, que el mandatario había derogado. Las bases para la fundación de un Estado turco estaban puestas.

No entraremos en detalle en la evolución política turca de las primeras dos décadas del siglo XX, pero sí que vale la pena remarcar que el nacionalismo turco se personificaría en la figura de Mustafá Kemal, *Atatürk* (padre de los turcos), que había formado parte de los Jóvenes Turcos y se convertiría en el primer presidente de la República Turca a partir de 1923. Durante su juventud había desarrollado un pensamiento político que rechazaba el Imperio, que relacionaba con la opresión del régimen de Abdul Hamid, en favor de la nación. Dado el culto a la personalidad que Kemal recibió en vida, su figura sigue siendo hoy en día capital en el discurso nacionalista del país.

#### Referencia bibliográfica

Francisco Veiga (2006). *El turco: diez siglos a las puertas de Europa* (págs. 324-326). Barcelona: Debate.

El ejemplo de la compleja desintegración del Imperio otomano en varios Estados-nación y, finalmente, la constitución del Estado turco ayuda a comprender los movimientos nacionalistas que surgieron del descontento con un Gobierno imperial que fallaba, según el entender de los líderes nacionalistas, en no reconocer los rasgos diferenciadores nacionales (lengua, cultura, etnia).

### 3.4. Consolidación del nacionalismo en Estados Unidos

Como ya hemos comentado, el proceso de independencia de Estados Unidos del Imperio británico puso las bases para futuras secesiones decimonónicas. No solo esto, sino que las ideas que iban ligadas a la declaración de independencia y la Bill of Rights abrieron paso a nuevas formas de pensar la política basadas en las ideas de libertad e igualdad. El siglo XIX norteamericano estuvo marcado por fuertes conflictos internos con minorías étnicas del país que, en parte, desembocaron en la guerra civil de 1861-1865 y que, de alguna manera, mostraban que el nacionalismo estadounidense todavía no se había afianzado.

La pregunta principal que surgiría en relación con la construcción nacional estadounidense era: ¿cómo constituir una nación multiétnica? ¿Se tenía que otorgar la nacionalidad o la ciudadanía a habitantes no blancos; es decir, se tenía que eliminar la esclavitud y dar derechos a los afroamericanos? Estos debates serían primordiales a lo largo del siglo XIX y gran parte del XX.

En este sentido, el presidente Abraham Lincoln y su filosofía política resulta de gran relevancia. Se puede afirmar que este político consolidó el nacionalismo estadounidense como lo conocemos hoy en día, con el fomento de la unión de todos los estados sin excepción. De hecho, ya en su conferencia inaugural en marzo de 1861 aseguraba que ningún estado se podría separar y afirmó directamente: «The Union of these states is perpetual».

Lincoln a menudo es recordado como el gran crítico de la esclavitud y los derechos de los afroamericanos. A pesar de que el presidente encaró el país hacia la abolición de esta institución, es relevante remarcar que, antes de nada, era un nacionalista. El nacionalismo de Lincoln ponía la nación por encima de todas las demás cosas, incluso la guerra, la constitución, la etnia o, hasta, la esclavitud.

«His nationalism was a cluster of ideas, of equality, liberty, both civil and religious, popular government defined by the Constitution, and inspired by the Declaration of Independence. It rested upon widespread suffrage, majority rule, disallowance of secession, but allowance for the right to change the Constitution».

James A. Rawley (2001). «The Nationalism of Abraham Lincoln Revisited». *Journal of the Abraham Lincoln Association* (vol. 22, núm. 1, págs. 33-48). <<http://hdl.handle.net/2027/spo.2629860.0022.105>>

Como explica bien claramente la historiadora Dorothy Ross:

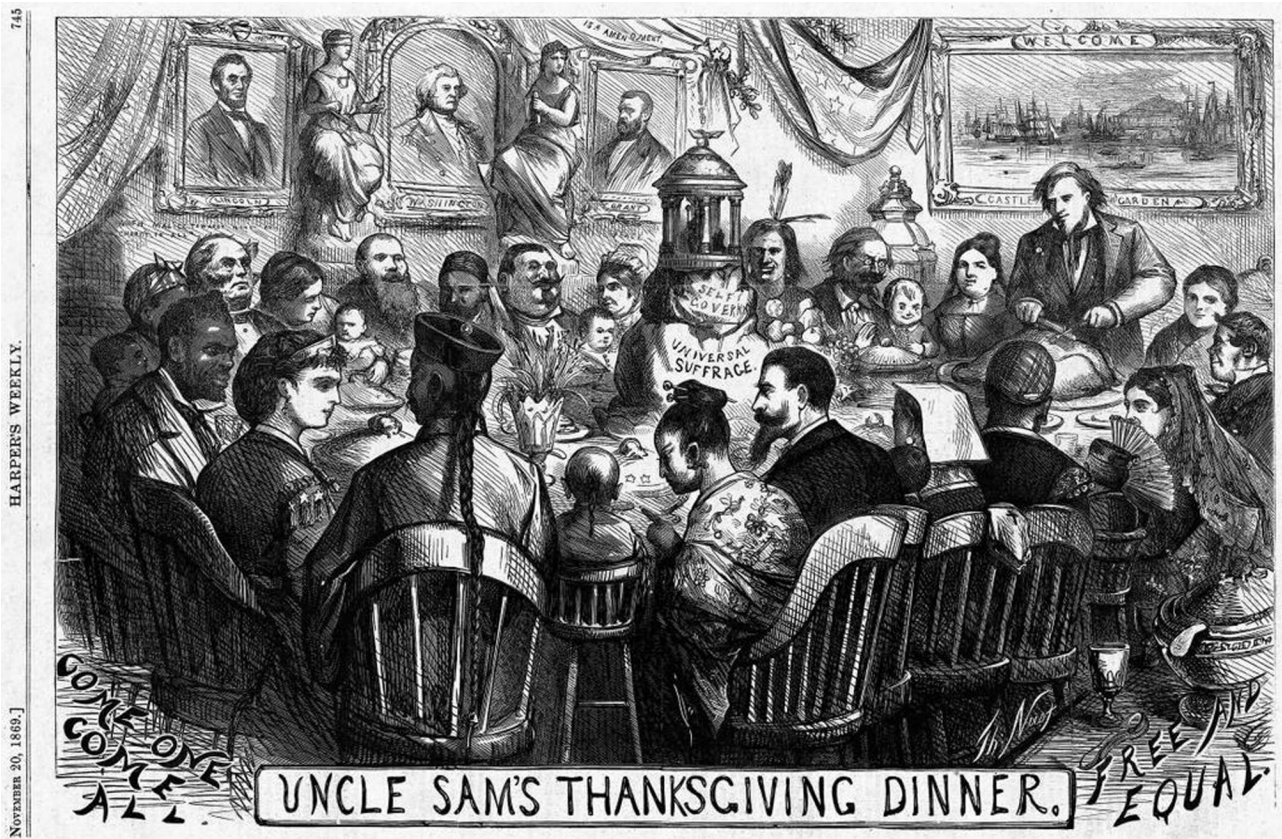
«Lincoln solved the moral conflict he faced between principled liberty and national survival by linking human rights to national allegiance, but human rights remained the subordinate partner».

Dorothy Ross (2009, septiembre). «Lincoln and the Ethics of Emancipation: Universalism, Nationalism, Exceptionalism». *Journal of American History* (núm. 96, págs. 379-399).

Para comprender la configuración y el éxito del nacionalismo estadounidense, hay que estudiar la figura y el discurso político de Lincoln basados en la idea de la unión, más que en las nociones de George Washington.

El primer presidente de Estados Unidos lógicamente lideró un territorio acabado de independizar del Imperio británico, pero hay que señalar que esta región era entendida como las trece colonias relativamente autónomas que corresponden a una parte bastante reducida de lo que hoy son los Estados Unidos. Además, la mayoría de los miembros del reciente país sentían un vínculo más próximo con su Estado que con la nación como un todo. En época de Lincoln, el mapa estadounidense comprendía gran parte del territorio actual y fue entonces cuando se pudo consolidar una concepción del territorio más unificada con una visión más nacionalista.

Después de la guerra civil estadounidense, en 1868, se ratificó la decimocuarta enmienda a la constitución, que buscaba soluciones legales para otorgar ciudadanía a los esclavos afroamericanos recién liberados. La enmienda establecía los criterios para lograr la ciudadanía estadounidense, que ahora recaía sobre todas aquellas personas que hubieran nacido en territorio de Estados Unidos. La primera sección empezaba así: «All persons born or naturalized in the United States, and subject to the jurisdiction thereof, are citizens of the United States and of the State wherein they reside». Así pues, el nacionalismo estadounidense se consolidaba y, en la teoría, no quedaba limitado por etnia, género u orígenes. Los inmigrantes que venían de tierras lejanas para buscar una vida mejor también podían conseguir la ciudadanía estadounidense. La imagen siguiente nos muestra cómo, supuestamente, el tío Sam invita a todos los miembros de la comunidad a una cena, en un ambiente de armonía y multiculturalidad:



Caricatura de Thomas Nast (1869) que representa el nacionalismo estadounidense. Norteamericanos de diferentes etnias y orígenes se sientan juntos en la mesa, como miembros iguales de la sociedad, para celebrar el Día de Acción de Gracias. Es una muestra de nacionalismo supuestamente inclusivo. Fuente: Wikipedia.

### Nota

La realidad no era tan inclusiva. Por ejemplo, se prohibió la inmigración de personas de origen chino o, dentro del propio Estados Unidos, se continuó discriminando a la población afroamericana bajo las leyes segregacionistas. «Jim Crow» y los indígenas norteamericanos fueron reclusos a las reservas.

### 3.5. Movimientos nacionalistas en el Imperio británico

A lo largo de los siglos XIX y XX, en lo que quedaba del Imperio británico también surgieron numerosos movimientos nacionalistas que amenazaron la unidad de la Corona. En Canadá, en vez de desarrollarse un movimiento independentista propiamente dicho, surgió un movimiento autonomista que consiguió el establecimiento de un dominio en 1867, que más tarde se convertiría en un país independiente, a pesar de que con el monarca británico como jefe de Estado.

En la parte francófona del país se mantendría viva una identidad distintiva durante todo el siglo XIX, que se transformaría en un movimiento político secesionista durante el siglo XX.

En Irlanda, hubo un fuerte conflicto nacional debido al hecho de que la identidad estaba plenamente asociada a la cultura y, sobre todo, a la religión católica, confrontada a la religión protestante propiamente británica. A principios del siglo XX y, sobre todo a partir de 1916, el movimiento nacionalista irlandés avanzaría hacia la independencia, lograda en 1921.

Pero quizá el caso más paradigmático en la configuración de nacionalismo en contra del imperialismo británico lo podemos encontrar en la India. A pesar de que el país no lograría la independencia hasta el año 1947 con la partición del territorio entre los dominios de la India y de Pakistán (que incluía el actual Bangladesh), la aspiración a la secesión india fue un largo proceso cuyo inicio podemos ubicar en el segundo tercio del siglo XIX.

El subcontinente indio había estado bajo control oficial de la Compañía Británica de las Indias Orientales desde el año 1757, que ejercía de gobernante *de facto* de gran parte del territorio. Después de un siglo de esta situación de poder autónomo de la compañía respecto a la Corona británica, el dominio pasó a manos de la reina Victoria de Inglaterra. Así pues, la India pasó a formar parte de las colonias (y una de las más provechosas) del Imperio británico, conocido como el Raj británico, y la monarca se convirtió en emperatriz de la India unos años más tarde. Este cambio de Gobierno fue una consecuencia de la rebelión fracasada de 1857, llevada a cabo por habitantes indios que querían expulsar del territorio a la Compañía Británica de las Indias Orientales para obtener plena soberanía.

Como colonia británica, en la India se desarrollaron nuevas infraestructuras: se construyó una extensa red de vías férreas y del telégrafo, así como carreteras, canales y puentes, que mejoraron las comunicaciones del país. El Gobierno británico también puso énfasis en el perfeccionamiento de la Universidad de Calcuta, construida un año antes de la rebelión. Económicamente, la colonia fue extraordinariamente provechosa para la metrópoli debido a la producción de algodón y té. En cuanto al aspecto político, la India pasó por un proceso de centralización que rompía hasta cierto punto con esquemas históricos anteriores. Paradójicamente, este proceso de homogeneización impuesto por las élites coloniales más adelante serviría de base para crear una conciencia india nacional que se enfrentaría al sistema imperial establecido:

«The unification of the country on an economic plane by the construction of railways and the introduction of the telegraph in the latter half of the nineteenth century, undertaken for its own benefit by the colonial regime, and the centralisation of the administration which the new modes of communications and transport made possible, played their part in making Indians view India as a prospective single political entity».

Irfan Habib (2003). «The nation that is India». *The Little Magazine* (vol. III, núm. 2). <<http://www.littlemag.com/faith/irfanhabib.html>>

Al margen de estas aportaciones británicas que pretendían convertir el país en lo que entendían por «moderno», sectores de la población india, particularmente las clases medias educadas, acumulaban descontento hacia el dominio extranjero debido a la discriminación racial, el exceso de impuestos a la tierra y la falta de representación política y soberanía propia. Por estos motivos, en 1885, decenas de indios de clases acomodadas, la mayoría profesionales e intelectuales que habían podido estudiar en Europa, se reunieron en Bombay en lo que sería el primer Congreso Nacional Indio, que sentaba las bases para el inicio de un movimiento de secesión.

Con la llegada de la Primera Guerra Mundial, la relación entre el Raj británico y la metrópoli no mejoró. Precisamente en aquellos años, el activista indio Mahatma Gandhi volvió a su tierra natal después de años en Sudáfrica luchando a favor de los indios que residían en aquel país y que eran discriminados con leyes racistas. Después de obtener fama en toda la India a través de su filosofía de desobediencia pacífica y el concepto *swaraj* (autodeterminación), Gandhi se convirtió en el líder espiritual del Congreso Nacional Indio.

#### Nota

Cabe señalar que, a pesar de que la mayoría de sus miembros eran hindúes, el Congreso tenía integrantes de las diferentes religiones y etnias del país. Aunque no entraremos en los años cercanos a la independencia, podemos afirmar que en el proceso de establecimiento del Estado-nación indio habría conflictos étnicos que supondrían el movimiento de miles de personas.

A pesar de todo, se puede ver cómo a lo largo de los procesos históricos indios durante los siglos XVIII, XIX y XX la formación del nacionalismo por la consolidación del Estado-nación fue primordial y un componente de peso en la identidad india. Este nacionalismo se fundamentaba en el derecho al ejercicio del poder al margen del control colonial británico.

La innovación del discurso de Gandhi no fue su antiimperialismo o el nacionalismo que propugnaba, sino el lenguaje que usó para justificar su causa, un lenguaje que no hemos visto en ninguno de los otros casos estudiados.

### 3.6. La China imperial

El gran territorio que hoy identificamos con la República Popular China constituía en los siglos XVIII y XIX un gran imperio multicultural habitado por chinos, mongoles, tibetanos, uigures, entre otros muchos, y liderado por una élite manchú, un pueblo proveniente de Asia central. La dinastía reinante, la Qing (1644-1911), gobernaba gracias, en parte, al prestigio militar que le confirieron grandes conquistas en Asia central en el siglo XVIII. Sin embargo, esta autori-

#### Referencia bibliográfica

Richard Sisson; Stanley A. Wolpert (eds.) (1988). *Congress and Indian Nationalism: The Pre-independence Phase*. Berkeley: University of California Press.

dad, que era concebida como foránea, quedó cuestionada a lo largo del siglo XIX, con rebeliones cada vez más frecuentes, que reivindicarían, en parte, una China propiamente china, es decir, de etnia *Han*.

Fueron sobre todo las dos guerras del opio (1839-1842 y 1856-1860) en contra de Gran Bretaña, y más tarde también en contra de Francia, las que demostraron la incapacidad del régimen manchú de mantener la unidad nacional ante injerencias extranjeras. El opio había sido un producto muy popular en China. Dado el incremento de la demanda de productos chinos en Europa, como la seda, el té o la porcelana, en los siglos XVII y XVIII había una descompensación comercial entre el continente europeo y China, puesto que en China no había tanta demanda de productos europeos, solo de plata americana. Los británicos, buscando una solución a esta situación, empezaron a vender el opio que cultivaban en la India en grandes cantidades a potencias extranjeras a cambio de plata americana, que, a su vez, vendían a los chinos. El opio, que hasta entonces había tenido funciones medicinales, invadió la sociedad china, lo cual dio lugar a importantes problemas de salud pública.

Llegó un punto en el que el emperador tuvo que actuar para resolver el problema, de modo que prohibió la entrada de opio al país y, poco después, también el intercambio comercial con extranjeros, que estaba centrado en el puerto de Canton desde 1757. Los británicos, evidentemente, estuvieron en desacuerdo con la medida, hasta el punto de que invadieron militarmente las costas chinas. Después de tres años de conflicto bélico, los chinos se vieron obligados a firmar el Tratado de Nankín, que replanteaba la centralización del comercio en Canton y obligaba a China a abrir otros puertos por todo el territorio, donde los británicos tendrían la libertad de enviar a cónsules para tratar asuntos comerciales. El Gobierno Qing también fue obligado a pagar una compensación económica a la Corona británica de veintiún millones de dólares por el opio que quedó destrozado durante el conflicto. Finalmente, y como punto crucial, China tenía que ceder el territorio de Hong Kong a los británicos, que lo gestionarían como una colonia de la Corona. Eran, pues, unos términos de paz que representarían una interferencia humillante para los chinos y que sería el primero de una serie de tratados desiguales entre el Imperio y potencias extranjeras.

Pocos años más tarde, los británicos se sentían insatisfechos con los resultados de las medidas aprobadas en Nankín, por lo que dieron paso al inicio de una segunda guerra del Opio en 1856, catorce años después de la anterior y en pleno auge colonial europeo. En esta ocasión, los británicos tenían la intención de legalizar el comercio del opio en China y abrir comercialmente todo el país al intercambio con Gran Bretaña, algo que los chinos llevaban décadas evitando. Los franceses se unieron a la invasión militar en apoyo a las demandas europeas y, finalmente, potencias como Estados Unidos o Rusia ayudaron a presionar a las fuerzas chinas a la rendición: la partición de China y los beneficios comerciales que se podían obtener eran muy atractivos a es-



cala global. Los resultados de esta segunda guerra fueron más radicales que los de la primera, puesto que China fue obligada a abrir más de ochenta puertos comerciales.

El conflicto del opio fue más que una disputa sobre el producto. Quedaba claro que la soberanía china no era suficientemente fuerte para hacer frente a las potencias europeas, que obligaron al país a comerciar con el exterior, lo que haría que parte de la sociedad china se situara de manera creciente en contra del Gobierno imperial, que consideraban obsoleto e ineficaz.

El sentimiento nacionalista de los chinos fue también uno de los factores que provocó el estallido de la gran Rebelión de los Taiping (1851-1864), que buscaba acabar con la dinastía Qing y el establecimiento de un nuevo régimen propiamente chino. Esta rebelión, por lo tanto, representaba el creciente rechazo social hacia unos gobernantes manchús, considerados extranjeros, un rechazo que escalaría hasta llegar a la guerra civil. Como característica propia del conflicto, hay que decir que el apoyo a los rebeldes se expandió rápidamente y que estos establecieron un Estado supuestamente independiente dentro de las fronteras de la China, denominado el Reino Celestial Taiping, que duraría trece años. Fue un movimiento de carácter nacionalista, pero también religioso, liderado por una secta que hacía su propia interpretación del cristianismo liderada por Hong Xiuquan, el autoproclamado «rey celestial», que creía ser el hermano de Cristo y que tenía visiones sobre el paraíso y sobre diferente temática cristiana.

Estas creencias religiosas son una muestra del sincretismo religioso de la época, que mezclaba tradiciones chinas con el cristianismo llevado por los europeos. Hong Xiuquan incluso hizo una traducción propia de la Biblia, la *Biblia Taiping*, que ponía énfasis en el regreso a la pureza moral y religiosa que las instituciones imperiales habrían destruido con el confucianismo. Después de cobrarse la vida de unos catorce millones de personas, la rebelión fue derrotada con la ayuda de potencias europeas. La influencia de estas últimas no paró de crecer, con diferentes países con acceso a grandes zonas de exclusividad comercial.

Treinta años después del apaciguamiento de la Revuelta Taiping, que dejó el país en crisis, en 1894-1895 China sufrió otra derrota ante Japón, que costó a la dinastía Qing la soberanía sobre Taiwán, su influencia sobre Corea, y que debilitó todavía más su autoridad. Un nuevo conflicto a final de siglo, la llamada Rebelión de los Bóxers, se organizó en contra de la creciente influencia foránea, entendida como colonial, y fue derrotada con la intervención de una fuerza militar multinacional. Ante esta situación de pérdida de prestigio del poder imperial desde hacía décadas, los nacionalistas republicanos chinos, liderados por Sun Yat-sen, organizaron una revolución en 1911, que finalmente consiguió derrocar el sistema dinástico e instaurar la república. Sin embargo, el Gobierno del partido nacionalista fundado por el propio Sun Yat-sen, el Kuomintang, tuvo dificultades para hacerse con el control del territorio, que

#### Referencia bibliográfica

Herbert Franke; Rolf Trautzettel (1973). *El imperio chino* (págs. 303-304). Ciudad de México: Siglo XXI.

#### Referencia bibliográfica

Herbert Franke; Rolf Trautzettel (1973). *El imperio chino* (págs. 306-307). Ciudad de México: Siglo XXI

quedó dividido en zonas controladas por varios señores de la guerra. A partir de la década de 1920, empezó una guerra civil entre nacionalistas y comunistas, que desembocaría en el establecimiento del régimen comunista en 1949.

Este breve resumen de la historia de China a lo largo del siglo XIX muestra cómo, en la configuración del nacionalismo chino, jugó un papel primordial el rechazo a lo extranjero. Así pues, se dio un tipo de protonacionalismo étnico por parte de las élites, que se identificaban con la cultura china.

En las postrimerías del siglo XIX, también empezó a popularizarse el rechazo al dominio de las potencias extranjeras sobre territorio chino.

El siglo XIX chino fue una secuencia de crisis internas y externas, de conflictos armados que desembocarían en el fin del sistema imperial que había durado siglos y el inicio de la república con fuertes sentimientos nacionalistas, a pesar de que con interpretaciones diferentes de cómo ponerlos en práctica.

### 3.7. El Imperio austrohúngaro

Como caso europeo, en lugar de recurrir a los ejemplos más clásicos de Italia y Alemania, hemos elegido el caso del Imperio austrohúngaro, que sirve para ilustrar cómo la gran complejidad cultural y lingüística transformó el territorio y puso las bases para la emergencia de movimientos secesionistas.

El Imperio de Habsburgo en la Europa central era, como el otomano o el chino, muy heterogéneo. La dinastía de Habsburgo, que sostenía el ostentoso título de sacro emperador romano, controlaba Bohemia (parte de la actual República Checa) y estableció su autoridad a partir de la expansión militar hacia el este sobre eslovacos, húngaros, polacos, eslovenos, croatas y serbios, combatiendo frente al Imperio otomano. En el siglo XVIII, el Imperio Habsburgo también intervino en Italia y, después de las guerras napoleónicas, absorbió a personas que hablaban varios dialectos italianos, como el lombardo o el véneto, entre otros.

En el siglo XIX, el Imperio austríaco sufrió derrotas militares importantes contra los ejércitos franceses liderados por Napoleón Bonaparte y, más tarde, por el poderoso Estado prusiano, que se estaba convirtiendo en el motor de la unificación alemana. Para recuperar parte de su poder y mantenerse como potencia europea, en 1867 tuvo lugar la unificación del Imperio austríaco con el reino de Hungría en la creación del Imperio austrohúngaro, que estaría regido por la dinastía Habsburgo y duraría hasta el fin de la Primera Guerra Mundial.

#### Referencia bibliográfica

Jonathan Hunger (ed.) (1996). «Introduction». En: *Chinese Nationalism* (pág. XIII). Nueva York: M. E. Sharpe.

A lo largo del siglo XIX, varios pensadores y políticos pertenecientes a las múltiples minorías que conformaban el Imperio empezaron a desarrollar movimientos nacionalistas y, poco a poco, la nacionalidad o el grupo nacional al cual pertenecía cada ciudadano del Estado tomó más importancia a la hora de autodefinirse o identificarse. Es decir, los antiguos reinos y provincias que se remontaban a la época medieval que conformaban el Imperio dieron pie a diversidad de nacionalidades en un territorio multicultural y multinacional que fue el germen de futuros movimientos secesionistas basados en términos étnicos.

### Referencia bibliográfica

Johannes Feichtinger; Gary B. Cohen (ed.) (2014). «Introduction». En: *Understanding Multiculturalism: The Habsburgo Central European Experience* (pág. 4). Oxford / Nueva York: Berghahn.



Grupos étnicos del Imperio austrohúngaro en 1910, según William R. Shepherd (1911). *Distribution of Races in Austria-Hungary*. Fuente: Wikipedia.

El movimiento que tuvo más éxito durante el siglo XIX fue el nacionalismo húngaro. Liderados por Lajos Kossuth, que se convertiría en presidente del país al año siguiente, muchos húngaros acabaron levantándose en armas en contra de los Habsburgo en la llamada Revolución húngara de 1848, que tuvo lugar antes de la unificación con el Imperio austríaco.

Es importante remarcar la importancia del desarrollo del liberalismo político a mediados del siglo XIX porque tuvo mucha importancia en varios movimientos nacionalistas, como el húngaro, pero también el francés o el español. El año 1848 sería particularmente relevante puesto que, primero en París y des-

pués por diferentes territorios de Europa, se llevarían a cabo una serie de revoluciones liberales, momento que también se conoce como la Primavera de las Naciones.

A grandes rasgos, estas revoluciones pretendían acabar con sistemas políticos considerados caducos y establecer Estados-nación con sufragio universal (masculino, está claro) en todo el continente. Siguiendo a Robert Evans y Hartmut Pogge von Strandmann, podemos identificar cinco objetivos básicos en estas revoluciones:

- Oposición al Antiguo Régimen.
- Reivindicación de más participación política y reformas.
- Relevancia de las cuestiones sociales.
- Demanda de más autodeterminación nacional.
- Establecimiento de Estados-nación (sobre todo en los Estados del centro, sur y este europeos) y unión de las revoluciones a escala continental.

Pese al fracaso de la Revolución húngara debido a la intervención militar austríaca y rusa, la presión de los nacionalistas húngaros acabaría forzando a los Habsburgo a aceptar el carácter multinacional de su propio imperio de forma constitucional. Existirían bajo su autoridad dos entidades políticas diferenciadas: el reino de Hungría y el resto de las dependencias imperiales, que compartirían una política exterior, el ejército y un sistema económico común, pero independientes por lo que respecta a otras competencias, como la educación, que podía ser impartida a cada grupo nacional en el idioma que fuera pertinente.

Otros movimientos nacionalistas, como el de los checos, los croatas o los polacos, estarían inspirados en el húngaro y, consecuentemente, saldrían fortalecidos. Estos nacionalismos ochocentistas estaban basados en la idea de que las comunidades nacionales eran un fenómeno natural inmutable, de forma que creaban una narrativa oficial con el apoyo de disciplinas como la historiografía, el derecho o la literatura.

Después del final de la Primera Guerra Mundial, estos movimientos fueron consolidados en la formación de pequeños Estados-nación independientes, lo cual forzó la rápida desintegración del Imperio austrohúngaro.

#### Referencia bibliográfica

Robert Evans; Hartmut Pogge von Strandmann (2000). *The Revolutions in Europe, 1848-1849: From Reform to Reaction* (pág. 4). Oxford / Nueva York: Oxford University Press.

#### Referencia bibliográfica

Johannes Feichtinger; Gary B. Cohen (eds.) (2014). «Introduction». En: *Understanding Multiculturalism: The Habsburg Central European Experience* (págs. 6-7). Oxford / Nueva York: Berghahn.

### 3.8. Sudamérica independiente

Los movimientos independentistas respecto al Imperio español en Sudamérica son otro ejemplo relevante de surgimiento de nacionalismos de Estados-nación. A pesar de la complejidad de cada uno de estos procesos, daremos una pequeña pincelada para ver los rasgos generales.

Brasil es un caso peculiar. Durante las guerras napoleónicas, el rey de Portugal, Juan VI, escapó de su país y se refugió en Río de Janeiro para evitar ser capturado por el dictador francés. Por esta razón, la corte real de Portugal en el exilio dio una vida nueva al puerto brasileño y preparó el terreno para la independencia del territorio y la consolidación del Estado de Brasil. Se crearon infraestructuras, como nuevas residencias lujosas para acoger a los monarcas y los nobles que viajaban con él. La familia real permaneció en Brasil más de diez años, incluso una vez desaparecida la amenaza napoleónica. El Gobierno portugués tuvo que exigir al monarca que volviera a Portugal, lo que, finalmente y a desgana, el rey hizo.

Sin embargo, su hijo Pedro permaneció en la colonia como rey regente y recibió insinuaciones de su padre, que le aseguró que más valía ser emperador de Brasil que rey de Portugal. El movimiento independentista estaba tomando fuerza desde finales del siglo anterior, puesto que la oligarquía blanca tenía pretensiones de obtener autonomía política y económica, y Pedro se ofreció a ser nombrado emperador de un nuevo país independiente. Se dice que en 1822, el monarca regente, en la ciudad de Ipiranga, dio el grito «¡Independencia o muerte!», con el cual la revuelta estalló y, poco después, Brasil devino un imperio independiente, con el emperador Pedro I al frente, que sería conocido como el Libertador.

Brasil comprendía un enorme territorio con mucha diversidad. A pesar de que hubo regiones, principalmente Sao Paulo y Rio Grande do Sul, donde surgieron movimientos separatistas, el Imperio fue capaz de evitar la desintegración en pequeños estados (tal como sucedió en las antiguas colonias españolas americanas, que se convirtieron en naciones independientes durante el mismo periodo) gracias, en parte, a la figura del emperador, que ejerció como elemento unificador de todo el territorio. Brasil tuvo acceso a importantes recursos minerales, pero, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX, fue la industria cafetera la que permitió una expansión económica notable y una incipiente industrialización, especialmente del litoral.

La esclavitud permitió el funcionamiento y la rentabilidad de las plantaciones cafeteras, y devino un controvertido punto de debate entre los partidos políticos dominantes del país. De hecho, a principios del siglo XIX, los hombres blancos propietarios temían que pudiera haber una revuelta de esclavos. Por este motivo potenciaban la llegada de inmigración europea, para constituir una nación blanca.

#### Referencia bibliográfica

Rosana Barbosa (2008). *Immigration and Xenophobia: Portuguese Immigrants in Early 19th Century Rio de Janeiro*. Maryland: University Press of America.

La posición liberal del emperador Pedro II respecto a la esclavitud debilitó la posición de la monarquía, que fue abolida en 1889 y se proclamó una república federal, que se mantendría unida con ciertas dificultades. La República, más adelante, apoyó al nacionalismo brasileño con el concepto de «democracia racial», que hacía énfasis en el mestizaje y la multiculturalidad del país.

El nacionalismo argentino se formó durante el mismo periodo. En 1806, y también al año siguiente, la milicia de Buenos Aires rechazó con éxito la invasión británica. Una parte de la élite del puerto pudo corroborar que no necesitaban la ayuda de España para defenderse y evitar el control de los británicos sobre su territorio. Así, cuando el rey Carlos IV y su hijo Fernando VII abdicaron en favor del hermano de Napoleón en Bayona en 1808, los habitantes de Buenos Aires no aceptaron al nuevo monarca y, hacia mayo de 1810, iniciaron la guerra de independencia. Con los esfuerzos del general San Martín, se consolidaron una serie de victorias militares que aseguraron la transición hacia la formación de una nación independiente.

Sin embargo, casi inmediatamente empezaron las luchas entre los que querían una forma de gobierno central que favoreciera el puerto de Buenos Aires (los «porteños») y los que deseaban un sistema federal. A pesar de que los dos grupos eran criollos y tenían en común el rechazo a lo español y de que su nacionalismo era, hasta cierto punto, xenófobo, no había consenso sobre cómo estructurar el nuevo país.

A lo largo del siglo se sucedieron al frente del Gobierno una serie de caudillos<sup>1</sup> con el apoyo ahora de una facción, ahora de la otra. El caudillo ochocentista más notable de Argentina fue Juan Manuel de Rosas, que fortaleció la institución de la presidencia y lanzó una campaña militar en las pampas y en el norte de la Patagonia en contra de los pobres indígenas que vivían allí.

Después de esta «campaña del desierto», Argentina contó con un gran territorio de llanuras donde se desarrolló una economía ganadera muy importante, exportadora, sobre todo, de productos de cuero. Durante este periodo, surgió el mito del gaucho como arquetipo del hombre argentino por excelencia, que más tarde sería reproducido en libros, películas y otros medios de comunicación de tipo nacionalista.

#### Referencia bibliográfica

Antonio Sérgio Alfredo Guimarães (2002). «Democracia racial: el ideal, el pacto y el mito». *Estudios Sociológicos* (vol. 20, núm. 59 [mayo-agosto], págs. 305-333).

#### Referencia bibliográfica

Julio A. Fernández (1966, octubre). «The Nationalism Syndrome in Argentina». *Journal of Inter-American Studies* (vol. 8, núm. 4 [número especial: Argentina-Uruguay], pág. 554).

<sup>(1)</sup>Estos individuos se caracterizaban por ser líderes militares populares que se aferraban a la nación como base de su discurso político.

#### Referencia bibliográfica

Hugh M. Hamill (ed.) (1992). *Caudillos: Dictators in Spanish America*. Norman: University of Oklahoma Press.



Fotografía de un gaucho tomada por Eugenio Courret en 1868. Fuente: Wikipedia.

En la segunda mitad del siglo XIX, debido a las mejoras en la tecnología de la refrigeración y la construcción de ferrocarriles en las pampas, fue posible exportar carne de vacuno de primera calidad, lo cual supuso un crecimiento económico muy importante para Argentina, que, unido a una relativa estabilización del sistema político, tuvo como consecuencia que, a principios del siglo XX, el país se encontrara entre las diez primeras economías del mundo.

Uruguay y Paraguay, atrapados entre los dos gigantes sudamericanos (Brasil y Argentina), no pudieron expandir su territorio, pero desarrollaron fuertes movimientos nacionalistas basados, en buena medida, en la aserción de su alteridad. Así pues, los habitantes de la República Oriental (Uruguay) se diferenciaban de los argentinos, mientras que en Paraguay, el sustrato indígena guaraní se incorporó gradualmente al discurso nacionalista. Todas estas nacionalidades se reforzaron todavía más durante la guerra de la Triple Alianza (1864-1870), que enfrentó a Argentina, Uruguay y Brasil en contra de Paraguay, y supuso la pérdida de importantes territorios a Paraguay.

Más al norte, a mediados de la década de 1830, el proyecto de la Confederación de Perú y Bolivia duró solo tres años porque, entre otros factores, tanto Chile como Argentina la consideraban una amenaza a su poder político, de modo que iniciaron una guerra para disolver exitosamente la nueva confederación.

De manera similar, fracasó el proyecto de unidad de la Gran Colombia y en su lugar se desarrollaron los Estados-nación de Ecuador, Colombia y Venezuela. Sin entrar en detalle en cada uno de estos casos, a grandes rasgos lo que podemos concluir es que, mayoritariamente, las grandes entidades o proyectos políticos que se idearon durante y después de las independencias americanas no fueron exitosos, sino que lo que prevaleció en última instancia fue la configuración de Estados-nación más pequeños propios de la coyuntura histórica.



## 4. Un mundo de naciones

En la segunda mitad del siglo XIX, el nacionalismo se convirtió en algo que se reproduciría en gran parte del mundo, con adaptaciones locales y leyendas propias. De este modo, no sería correcto afirmar que este fenómeno se expandió e impuso desde Occidente, sino que fue un proceso más fluido y espontáneo de cada territorio y que habría influencias e intercambios que fluirían de manera multidireccional en todo el planeta. Algo hizo que durante el siglo XIX muchos grupos humanos tuvieran la necesidad de sentirse parte de unidades políticas, ciertamente grandes y abstractas, bajo unos elementos unificadores como la lengua, la bandera, el territorio, la historia o la cultura.

Lo que nos ha interesado en este módulo ha sido el análisis de estos procesos en contextos diferentes, sin perder de vista que la actual configuración mundial en Estados y las relaciones diplomáticas entre ellos se forjó en aquella época.

«Since the end of the eighteenth century nationalism has undergone a process of modulation and adaptation, according to different eras, political regimes, economies and social structures. The “imagined community” has, as a result, spread out to every conceivable contemporary society».

Benedict Anderson (2006). *Imagined Communities* (pág. 157). Nueva York / Londres: Verso.

A lo largo de la historia, el nacionalismo ha adquirido formas muy diferentes, dependiendo del contexto histórico y geográfico. Así pues, resulta difícil, si no imposible, establecer las características generales que aplicarían a cada caso, pero sí que podemos concluir que, dada esta flexibilidad, el nacionalismo se ha convertido en un fenómeno plenamente global.

### Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (pág. 199). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.



## Bibliografía

- Anderson, Benedict** (2006). *Imagined Communities*. Nueva York / Londres: Verso.
- Barbosa, Rosana** (2008). *Immigration and Xenophobia: Portuguese Immigrants in Early 19th Century Rio de Janeiro*. Maryland: University Press of America.
- Bayly, C. A.** (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914*. Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.
- Burbank, Jane; Cooper, Frederick** (2010). *Empires in World History: Power and the Politics of Difference*. Princeton / Oxford: Princeton University Press.
- Evans, Robert; von Strandmann, Hartmut Pogge** (2000). *The Revolutions in Europe, 1848-1849: From Reform to Reaction*. Oxford / Nueva York: Oxford University Press.
- Fernández, Julio A.** (1966, octubre). «The Nationalism Syndrome in Argentina». *Journal of Inter-American Studies* (vol. 8, núm. 4 [número especial: Argentina-Uruguay], págs. 551-556).
- Feichtinger, Johannes; Cohen, Gary B.** (ed.) (2014). *Understanding Multiculturalism: The Habsburg Central European Experience*. Oxford / Nueva York: Berghahn.
- Franke, Herbert; Trauzettel, Rolf** (200). *El imperio chino*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Guimarães, Antonio Sérgio Alfredo** (2002). «Democracia racial: el ideal, el pacto y el mito». *Estudios Sociológicos* (vol. 20, núm. 59 [mayo-agosto], págs. 305-333).
- Gimeno, Joan** (2010). «El vudú haitiano: una cuestión de Estado (1804-1987)». *El Rapto de Europa: crítica de la cultura* (núm. 16, págs. 23-37).
- Habib, Irfan** (2003). «The nation that is India». *The Little Magazine* (vol. III, núm. 2). Accesible en: <<http://www.littlemag.com/faith/irfanhabib.html>>
- Hamill, Hugh M.** (ed.) (1992). *Caudillos: Dictators in Spanish America*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Held, David** (1989). *Political Theory and the Modern State*. Cambridge: Polity Press.
- Held, David; McGrew, Anthony; Goldblatt, David; Perraton, Jonathan** (2002). «El Estado territorial y la política global». En: *Transformaciones Globales. Política, Economía y Cultura*. Oxford University Press.
- Hobsbawm, Eric** (1991). *Nations and Nationalism since 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hunger, Jonathan** (ed.) (1996). *Chinese Nationalism*. Nueva York: M. E. Sharpe.
- Kennedy, Paul** (1998). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Plaza & Janés.
- López-Vera, Jonathan** (2016). *Historia de los samurais*. Barcelona: Satori.
- Pagden, Anthony** (1991). «De salvajes nobles a nobles salvajes: La utilización criolla del pasado amerindio». En: *El imperialismo español y la imaginación política. Estudios sobre teoría social y política europea e hispanoamericana (1513-1830)* (págs. 143-180). Barcelona: Planeta.
- Rawley, James A.** (2001). «The Nationalism of Abraham Lincoln Revisited». *Journal of the Abraham Lincoln Association* (vol. 22, núm. 1, págs. 33-48). Accesible en: <<http://hdl.handle.net/2027/spo.2629860.0022.105>>
- Ross, Dorothy** (2009, septiembre). «Lincoln and the Ethics of Emancipation: Universalism, Nationalism, Exceptionalism». *Journal of American History* (núm. 96, págs. 379-399).
- Seton-Watson, Hugh** (1977). *Nations and States: An Enquiry Into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*. Londres: Methuen.
- Sisson, Richard; Wolpert, Stanley A.** (ed.) (1988). *Congress and Indian Nationalism: The Pre-independence Phase*. Berkeley: University of California Press.
- Veiga, Francisco** (2006). *El turco: diez siglos a las puertas de Europa*. Barcelona: Debate.

